

TERRA INGLESA: ANTICIPO PARA
UNA ANTOLOGÍA DE SWINBURNE

A partir “La herencia del simbolismo”, C.M. Bowra

Inglaterra, con el advenimiento del período victoriano, inició una etapa explosiva de auge imperial. El desarrollo del maquinismo, la extensión de las urbes, la bonanza económica y el crecimiento geográfico se van a transformar en el sello y culminación de la revolución industrial, bajo el hilo conductor de una mentalidad positivista, heredera del pensamiento ilustrado, cuyo santo y seña estará marcado por una confianza ilimitada en la técnica como dispositivo de evolución, riqueza y dicha.

Fue en medio de este clima de optimismo donde irrumpió la figura de poetas como Alfred Tennyson, Dante Gabriel Rossetti, Robert Browning, Gerard Manley Hopkins y Algernon Charles Swinburne, hermanados por una misma inquietud: el recelo ante la acometida de un orden racionalizante estandarizado y predecible, donde la realidad es concebida como un conjunto de elementos mecánicos y el individuo termina reducido a un mero patrón estadístico. Las reacciones se desdoblán en múltiples direcciones: Browning y Hopkins oponen la voluntad al intelecto; Swinburne desafiará la institucionalidad victoriana apelando al ateísmo y la rebelión; Tennyson y Rossetti resucitarán, respectivamente, la vieja saga anglosajona y la poesía medieval italiana.

Bowra, en “La herencia del simbolismo”, afirma certeramente que fueron ajenos a su tiempo; que buscando soslayar una época agreste, emprendieron vuelo hacia universos simbólicos que ofrecieran una atmósfera poética más atractiva y modélica para la fantasía. Y agrega que los poetas de este período «rehuyeron el presente no escapando hacia un promisorio porvenir, sino hacia un dichoso sueño auroral, sustentado en la nostalgia de un pasado mejor».

La poesía victoriana, premunida de credenciales propias, profundizará los ideales sentados por Keats, Wordsworth y Coleridge. Buscará ante todo la afirmación del estatuto único e irrepetible del individuo, revitalizando emociones, vivencias y sueños con capacidad para traducir los atributos culminantes de un alma «embriagada de sí misma». Existe una incontrovertible fe en la imaginación y la convicción en el poder salvífico de la palabra. La nueva estética optará preferentemente por el tono confesional; a ello sumará un consumado virtuosismo en la prosodia, con ritmos frescos y velocidad en el flujo verbal, maestría en el manejo de aliteraciones y rimas internas.

* * *

Algernon Charles Swinburne es probablemente el gran «maldito» de la poesía inglesa del siglo XIX. Compartió afinidades filosóficas con Epicuro y Lucrecio; abrazó el dandismo crepuscular de Baudelaire y se proclamó discípulo de Esquilo. Su lenguaje, muy visual y rítmico, es una amalgama de erotismo, desesperanza y malestar. Postuló la poesía como rito simbólico y no como un púlpito testimonial. Despreciaba el humanitarismo de folletín, al que condenó como «apoplejía espiritual». Su destino, malogrado por el desequilibrio psíquico, fue su mejor alegato en contra de una sociedad cuyo conformismo aborrecía. Sus obsesiones fueron numerosas: el incesto y la melancolía; la caducidad de la belleza física; el sexo como arquetipo suicida. Defendió que la experiencia artística era agónica y asimiló la vocación del artista a una liturgia destinada a indagar nuevas dimensiones para la belleza. Owen y el primer Pound continuaron su apuesta.

El acendrado sentimiento religioso que destila la poesía de sus contemporáneos, en particular la de Hopkins y Browning, encuentra en Swinburne su contrapunto. Muchos de sus versos —véase por

ejemplo el “*Ave Atque Vale*” – cuestionan la menoscabante soberanía de un albur, cuya implacable injusticia nos relega al sufrimiento. Swinburne dejó el eco de un firmamento enajenado, declinante, en el que todo ser parece cargar la estela de una caducidad irremediable, impuesta por el arbitrio divino. La revista completa de un mundo reducido a una aviesa mascarada en manos de deidades bestiales, fue el escenario propicio para trazar ese perturbador itinerario de malestar existencial, y que en textos como “El jardín de Proserpina” o “*Ave Atque Vale*”, adquiere relieves inéditos.

* * *

En esta antología por anticipo he querido ofrecer una pequeña muestra de la obra de Swinburne, prácticamente desconocida en Sudamérica por falta de traducciones. Valéry sostenía que la traducción poética apunta a «producir emociones afines con palabras disímiles». A eso he aspirado en estas versiones: ejercicios imitativos, desdoblamientos gozosos, poemas a cuatro manos.

Y si esta vestidura mortal, tejida por las noches 25
| y los días
alguna vez fuera desatada de mí,
desnudo y contento zarparía hacia tus confines,
lleno de vida, abierto a ti y a tus caminos,
limpio del mundo, buscando refugio en ese hogar
engalanado de verdes y coronado por 30
| la espuma,
sintiendo el pulso de la vida en tus estrechos y
| bahías,
como una arteria en el corazón de las corrientes
| del mar.